

Mis 100 del
Cine Clásico



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2023

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º - pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Javier Lahoz, 2023

fideltani@hotmail.com

facebook: Javier Lahoz Lostao

Ilustraciones © Nacho Rúa, 2023

www.nachorua.com

facebook: Nacho Rúa Roure

Prólogo: © Oriol Nolis, 2023

IBIC: APB | Thema: ATC

ISBN: 978-84-19124-45-6

Depósito legal: M-10341-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Mis 100 del Cine Clásico

Javier Lahoz
Ilustraciones de Nacho Rúa

Prólogo de Oriol Nolis



Índice



*Los inmortales de Javier Lahoz,
por Oriol Nolis* 13

Alan Ladd	17
Albert Finney	21
Alec Guinness	23
Anne Bancroft	27
Anne Baxter	29
Audrey Hepburn	33
Ava Gardner	35
Barbara Stanwyck	39
Bette Davis	41
Burt Lancaster	45
Buster Keaton	47
Cary Grant	51
Charles Chaplin	53
Charles Laughton	57
Clark Gable	59
Claudette Colbert	63
Clint Eastwood	65

Dan Duryea	69
Deborah Kerr	71
Don Ameche	75
Edward G. Robinson	77
Eleanor Parker	81
Eli Wallach	83
Elizabeth Taylor	87
Fred MacMurray	89
Fredric March	93
Gary Cooper	95
Gene Kelly	99
Gene Tierney	101
George Brent	105
Gloria Grahame	107
Gloria Swanson	111
Grace Kelly	113
Greer Garson	117
Gregory Peck	119
Greta Garbo	123
Hedy Lamarr	125
Henry Fonda	129
Herbert Marshall	131
Humphrey Bogart	135
Ingrid Bergman	137
Jack Lemmon	141
James Cagney	143
James Dean	147
James Mason	149
James Stewart	153
Jeanne Moreau	155

Jeffrey Hunter	159
Jennifer Jones	161
Joan Crawford	165
Joan Fontaine	167
John Garfield	171
Joseph Cotten	173
Judy Garland	177
Katharine Hepburn	179
Kim Novak	183
Kirk Douglas	185
Lana Turner	189
Lauren Bacall	191
Laurence Olivier	195
Lillian Gish	197
Marcelo Mastroianni	201
Marilyn Monroe	203
Marlene Dietrich	207
Marlon Brando	209
Mary Astor	213
Maureen O'Hara	215
Mercedes McCambridge	219
Miriam Hopkins	221
Montgomery Clift	225
Myrna Loy	227
Natalie Wood	231
Olivia de Havilland	233
Paul Newman	237
Peter Lorre	239
Richard Burton	243
Richard Widmark	245

Rita Hayworth	249
Robert Redford	251
Robert Taylor	255
Rodolfo Valentino	257
Romy Schneider	261
Sean Connery	263
Shelley Winters	267
Sidney Poitier	269
Simone Signoret	273
Sophia Loren	275
Spencer Tracy	279
Sterling Hayden	281
Steve McQueen	285
Susan Hayward	287
Sylvia Sidney	291
Teresa Wright	293
Thelma Ritter	297
Vera Miles	299
Veronica Lake	303
Vivien Leigh	305
Warren Beatty	309
Wendy Hiller	311
William Holden	315
Agradecimientos	317
Índice onomástico	319



A Juan Suárez, Germán Soler, Javier Serrano, Fer Rausell y Cris Ramón. Porque sacáis lo mejor de mí. Porque pronto fuisteis mis aliados en la literatura y en el cine. Porque hoy también lo sois fuera de la literatura y del cine. Y porque lográis que el entusiasmo y la firmeza estén siempre por encima de cualquier adversidad.

Y a ti, papá, porque contigo descubrí a los grandes clásicos que nunca dejan de acompañarme.

J. L.

A Isabel
N. R.



Los inmortales de Javier Lahoz

HACE UN PAR DE AÑOS acudí a una exposición que reunía grandes obras del *pop art*. Esculturas y lienzos modernos que a pesar de su relativa proximidad en el tiempo son clásicos indiscutibles del mundo del arte. Recuerdo que la mañana era fría y nublada, y que apetecía entrar en el museo buscando calor en el estallido sensorial de las serigrafías de Warhol. Frente a uno de sus cuadros había un grupo de diez o doce adolescentes que contemplaba el retrato de una mujer de pelo negro, rostro coloreado de rosa, labios carmesí y sombra turquesa en los párpados. El guía que los acompañaba describía la obra con una mezcla de pedagogía y entusiasmo que despertó en mí un sentimiento de admiración. Me acerqué y le observé señalando el cuadro y preguntando a los estudiantes: —¿Sabéis quién es, verdad?

Los jóvenes se miraron entre sí, se encogieron de hombros e hicieron amago de buscar algo en el móvil pero nadie res-

pondió. Imaginé que les daba reparo o vergüenza, que ninguno de ellos quería parecer el empollón o el sabiondo del grupo. Erré en mi diagnóstico. El motivo de su silencio es que no conocían a Elizabeth Taylor. Tardé un rato en dar crédito a esa escena: ¿Cómo era posible que nadie identificara a la protagonista de *La gata sobre el tejado de zinc*, *Un lugar en el sol*, *El padre de la novia*, *Cleopatra* o ¿Quién teme a Virginia Woolf? ¿Cómo era posible no haber visto ninguna película de una actriz que hasta hace poco llenaba las revistas por sus escándalos, romances y su larga lista de matrimonios? ¿Cómo era posible que una leyenda de la talla de la Taylor hubiera caído en el olvido?

Al llegar a casa abrí una botella de vino y me serví una copa. Después, rebusqué por las estanterías hasta que encontré el DVD de *Gigante* (¿cuántas veces la habré visto?). Como si de una liturgia sagrada se tratara, me acomodé en la butaca de mi sala de estar y me dispuse a rendir un sentido homenaje no solo a Elizabeth Taylor, sino también a Rock Hudson y a James Dean, reviviendo sus fuertes pasiones entre pozos de petróleo que hacen cortas las tres horas y pico que dura la película. Enseguida se hizo de noche. La casa quedó a oscuras pero el televisor, todavía encendido con los créditos finales, iluminaba una repisa que guarda títulos de Kenneth Anger, François Truffaut, Alfred Hitchcock, Luis Buñuel, Gregory D. Black, Conrado Xalabarder, Román Gubern, Jordi Balló o Néstor Almendros, entre muchos otros. Me quedé pensando en lo mucho que me habían enseñado todos esos libros que todavía hoy sigo consultando cuando busco algún dato o alguna curio-

sidad cinéfila. Mientras alargaba el momento de acostarme decidí escribir un correo a mi amigo Javier Lahoz. Le puse al día de varios asuntos y aproveché para contarle lo que había presenciado en el museo. Fue entonces cuando me confesó que tenía entre manos la redacción de un libro para glosar la figura y la trayectoria de las grandes estrellas del Hollywood clásico, un poco en la línea de lo que hizo en su momento Terenci Moix con *Mis inmortales del cine*. El libro, además, contaría con las ilustraciones de Nacho Rúa para poner rostro a todas esas leyendas que para algunos ya no eran nadie. «Es posible que con los años se apague del todo la luz de esos actores y actrices —me dijo Javier—, a pesar de que generaciones enteras nos hemos refugiado y hemos aprendido, vivido y viajado a través de sus películas. ¿Algo les debemos, no?».

Comparto con Javier que esas estrellas a menudo tuvieron amores tormentosos, adicciones inconfesables y vidas privadas que distaron mucho de la idea de felicidad y glamur que transmitían a través de la pantalla. Sin embargo, crearon un mundo, el Hollywood de los años cuarenta y cincuenta, que se convirtió en el único firmamento de estrellas sobre la Tierra. Me gusta decir que siento nostalgia por ese pasado (que no es el mío) y al que me gustaría viajar, sobre todo cuando pienso en mujeres como Bette Davis, Deborah Kerr, Rita Hayworth, Katharine Hepburn, Joan Crawford, Audrey Hepburn, Olivia de Havilland, Joan Fontaine o Vivien Leigh. Tengo clarísimo que me tomaría antes un *manhatan* o *whisky on the rocks* con Clark Gable o Spencer Tracy que con Brad Pitt o Tom Cruise. O que recorrería la costa de California en un descapotable

con Montgomery Clift antes que con Matt Damon o Ben Affleck. O que me iría de fiesta con Rock Hudson, Marlon Brando y James Dean antes que con cualquier otro icono actual (si es que ahora existen los iconos). Hay algo en aquellos actores y actrices que inspira en muchos de nosotros grandes dosis de admiración, deseo y ternura mezcladas con una fragilidad que, a pesar de todo, también los hace mortales y necesitados de afecto y cariño.

No sé si esos jóvenes del museo leerán alguna vez a Javier Lahoz, pero si algún día tienen este libro entre las manos podrán divertirse, aprender y dejarse deslumbrar por las estrellas que un día iluminaron la vida de millones de personas y que jamás deberían caer en el olvido.

ORIO L NOLIS
Barcelona, agosto de 2022

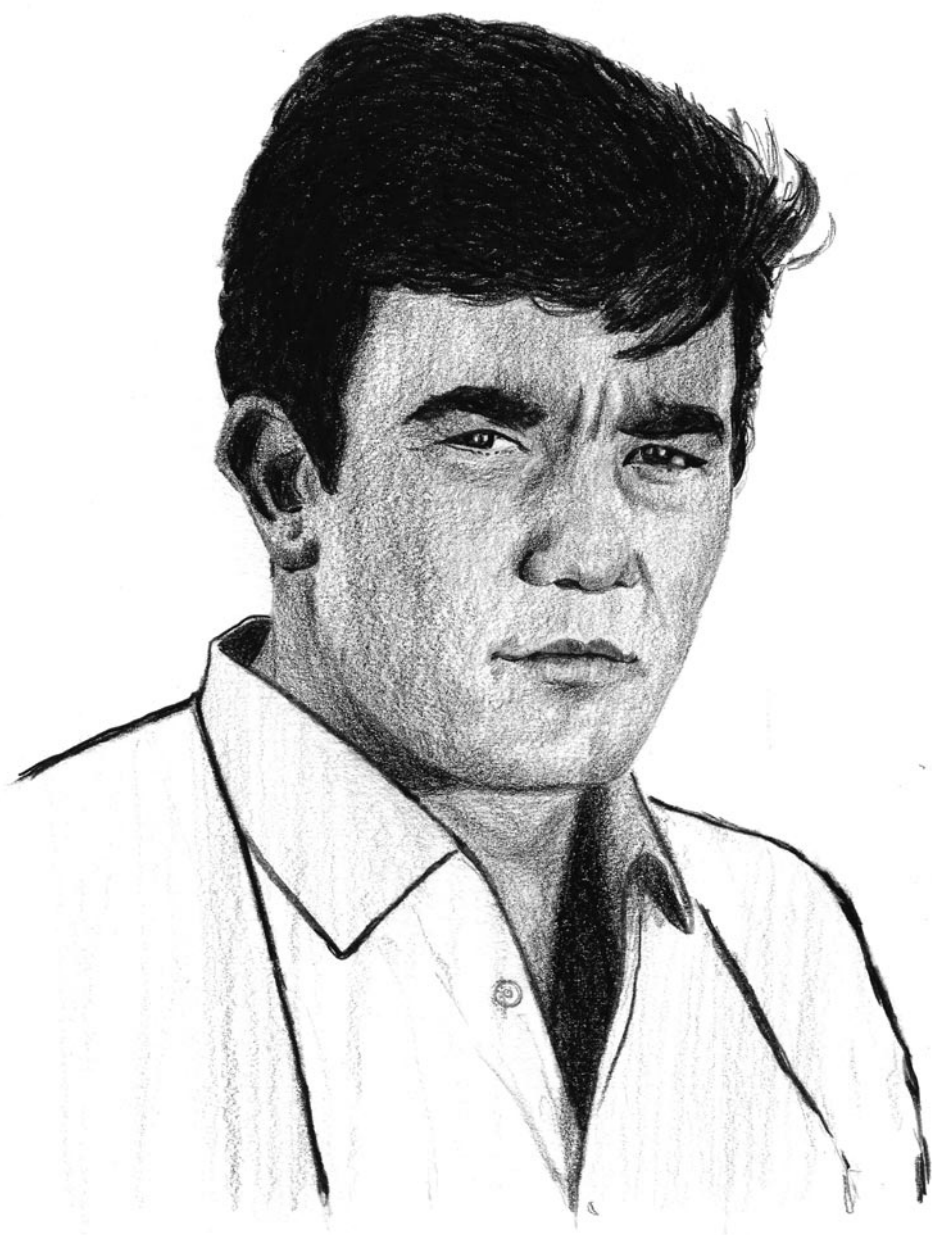
Alan Ladd

ES UNO DE LOS PRIMEROS actores que recuerdo. Supongo que de niño me tragué en televisión algún ciclo de esos que revisaban los títulos más destacados de los intérpretes clásicos, y cuando le tocó a él, guiado yo por lo mucho que lo nombraba mi padre, en mi memoria quedaron grabadas sus más heroicas actuaciones. En el cine negro se alió con la mítica rubia de un solo ojo, Veronica Lake, y ambos formaron una pareja que encajaba a la perfección con los cánones de la época. Resolvieron juntos el misterio de la llave de cristal y el del cuervo de dudosa catadura moral. El éxito les animaba a seguir haciendo planes: a veces se quedaban cerca y se dirigían a clubes nocturnos poco recomendables, como podía serlo el de La Dalia Azul, y a veces se largaban lejos, como les ocurrió cuando se encontraron en Saigón. En solitario es muy recordado por sus wésterns, género que frecuentó y sufrió hasta el punto de ter-



minar marcado a fuego o de poner un pie en el infierno. He leído en numerosas ocasiones que cada vez que al director Woody Allen le han preguntado por su película favorita, ha asegurado encontrarla en las raíces profundas que, seguramente, destacan de entre el conjunto de la filmografía de este intérprete, donde no faltan granjeros que aspiran a una vida pacífica ni pistoleros que apestan a villanía y cuya presencia basta para sentir el desafío. Admito, por otra parte, que tardé en conocer que antes de Robert Redford y Leonardo di Caprio encarnó, esta vez en blanco y negro, a Jay Gatsby, personaje al que su creador, Francis Scott Fitzgerald, dotó de grandeza.

Tuvo que escuchar con frecuencia que con su corta estatura no se podía ser galán. Dicen que cuando ejerció de orgulloso rebelde, frente a Olivia de Havilland, se tenía que subir a un taburete para que ambos pudieran mirarse a los ojos sin hacer giros extraños. También que cuando compartió cartel con Sophia Loren y ambos se transformaron en delfín y en sirena, abrieron una zanja en el suelo de modo que ella caminaba por la parte inferior y él por la superior para que de nuevo estuvieran equiparados y aceptaran sentirse como pez en el agua dadas las convenciones de aquellos años. Casado con su representante, una exactriz que dejó los focos para dedicarse a descubrir talentos, murió joven, y los nuevos giros que su carrera estaba tomando se interrumpieron para siempre. Uno de sus hijos se casó con Cheryl, que tras escoger el apellido familiar, fue uno de los ángeles de Charlie en la famosa serie de televisión.



Albert Finney

NO HE VISTO A NADIE en el cine sonreír como él. Los habrá más risueños, más atractivos y más carismáticos, pero lo que yo tengo grabada a fuego es la magia que desprendía cuando recorrí, junto a Audrey Hepburn, numerosas carreteras de Francia, todo un señor viaje por los entresijos de una relación de pareja. Solicitado por algunos de los directores más emblemáticos de la época, como Tony Richardson, se convirtió en uno de los máximos representantes del Free Cinema, movimiento que allá por los años sesenta revolucionó imágenes y palabras. Y así, en el arranque de su carrera fue, entre otros, un icónico líder que despegaba el sábado por la noche y aterrizaba el domingo por la mañana, el hijo de un animador inmerso en el desánimo o el genio de la picaresca Tom Jones, la interpretación que le dio la primera de sus cinco nominaciones al Óscar que, no obstante, en ningún caso le convirtieron en poseedor de la estatuilla. Enamorado del teatro, con

el que mantuvo una relación intensa y comprometida, y donde dejó su impronta al atreverse con los grandes clásicos, Shakespeare y Chéjov incluidos, no dudaba en regresar a los platós si la ocasión lo merecía, como ocurrió cuando tuvo que investigar un asesinato mientras se encontraba disfrutando de un merecido descanso en el legendario Orient Express. Ocupaba su cara un bigote digno de imitación y ocupaba su mente un buen puñado de células grises cuya función no era otra que la de ver más allá que el resto de los mortales. Resolvió el caso pero no quiso repetir personaje cuando el famoso detective belga Hércules Poirot hubo de trasladarse a Egipto. Transcurridas tres décadas, Sidney Lumet volvió a llamarle. Fue antes de que el diablo supiera que había muerto.

Homenajeó a la *slapstick comedy*, con más tartazos que tortazos, la única vez que se puso detrás de la cámara, rechazó la propuesta de encarnar al Lawrence de Arabia por antonomasia, vivió con su hija Catherine en Washington Square, le puso voz al padre de la novia cadáver después de que dos años antes el propio Tim Burton le animara a zambullirse en la fantasía, y trabajó como guarda y jardinero en la finca de la familia Bond. Ahí es nada. John Huston le llevó a ascender a las cumbres del musical de la mano de Annie y a hundirse bajo el volcán de la mano de Malcolm Lowry. Y como culminación, en otro importante papel de madurez, acompañó a Julia en un periplo judicial que no dejó títere con cabeza mientras la Erin Brockovich real, auténtica inspiradora, hizo un cameo en dicha producción.

Alec Guinness

PREVINO A JAMES DEAN del riesgo que suponía aquel Porsche nuevo con el que el joven parecía querer comerse el mundo. Confirmados una semana más tarde sus peores augurios, este elegante británico, que siempre prefirió el teatro al cine, continuó absorto en los grandes proyectos de su década prodigiosa y siguió en su línea de afrontarlos con disfraces y sutileza. Durante toda su carrera se colocó cerca de David Lean, y me resulta inevitable pensar en Dickens porque fue referente de ambos desde el principio. Una nueva versión que tuvo al joven Oliver Twist como protagonista, y un sano deseo de grandes esperanzas convertidas por arte de magia en cadenas rotas, que lograron darle a Jean Simmons un sitio en la memoria de cualquier cinéfilo, anunciaban que a este hombre no le iban a faltar recursos para hacer en el futuro lo que se propusiera. Y por si a alguien le quedaron dudas, a continuación se convirtió ni más ni menos que en ocho personajes distintos que se paseaban por una misma película. Divertida, cáustica y,



por supuesto, atiborrada de humor negro, cualquiera habría pensado que se trataba de ocho sentencias de muerte a tenor del argumento, que no dejaba títere con cabeza.

Fue uno de los primeros intérpretes en compartir plano con la Hepburn, Audrey, que antes de largarse de vacaciones a Roma para alcanzar el éxito y cautivar a millones de espectadores, lo acompañó brevemente, ajena a sus planes de hacerse con el oro en barras del título y, ya de paso, con una nominación al Óscar como actor principal. Después de integrarse en un quinteto de ladrones que se hacían pasar por músicos y, como contraste, vestirse de príncipe que buscaba princesa, bella como un cisne, la primera estatuilla dorada llegó bajo las atentas indicaciones de su director fetiche. Ocurrió al convertirse en el inflexible y riguroso coronel que no tenía otro objetivo que el del puente sobre el río Kwai, obra mítica para la gente que sabe silbar. Deseosos autor y actor de seguir emprendiendo juntos nuevos proyectos, surgieron superproducciones en las que la colaboración obtuvo, igualmente, estupendos resultados, y que les llevó a descubrir en escenarios españoles la Rusia nevada, los desiertos de Arabia o la mismísima India, construyendo historias épicas que, vistas en espectaculares salas, sucumbían al riguroso silencio que lo amenazaba todo. Tampoco ha pasado inadvertida su persona para los admiradores, apasionados y devotos de las aventuras vividas en las galaxias en guerra, que un buen día comenzaron su andadura entre seres extraños, espadas láser, naves perfectamente diseñadas y frases míticas, y que le inundaban con cartas que nunca abrió. Llegó a proponerle a George Lucas la desaparición de su personaje.



Anne Bancroft

CON ELLA SE HIZO EL MILAGRO, primero en el teatro y luego en el cine. Ocurrió al interpretar a Ana Sullivan, la tenaz educadora que, tras superar sus propias limitaciones, se dejó la piel al enseñar a comunicarse a través del tacto a la joven sordociega Helen Keller. Consiguió el Óscar, y lo recogió en su nombre Joan Crawford, que se había dedicado a escribirles a todas las candidatas ofreciéndose a subir al escenario si no podían asistir a la ceremonia, y de esta manera dejaba demostrado que a pesar de que su enemiga Bette estaba nominada y ella no, era ella y no Bette la que iba a concentrar todas las miradas y a recibir todos los aplausos, tal y como finalmente ocurrió. Considero que era divertida, cómplice, generosa, y con iniciativa y disposición para afrontar lo que viniera y para jugar a la parodia, como dejó constancia cuando trabajó en algunos de los títulos realizados por su marido, el genio de la comedia Mel Brooks. Debutó junto a la eterna Marilyn en un

papel atípico cuyo guion no les exigía cantar ni bailar a ninguna de las dos. Por contra, en la que supuso la última película del maestro John Ford conoció la aventura pura y dura allá por el Lejano Oriente junto a seis mujeres más a las que sorprendió con su modernidad y desenfado. Compartió cárcel con Jack Lemmon en la segunda avenida de Nueva York en una fábula que definía a la perfección el estrés de la vida moderna y donde tuvieron cabida el humor y el horror por un igual. Tengo una especial debilidad por la obra de teatro de Marsha Norman en la que una madre mantiene una espeluznante conversación con su hija durante una larga noche, que habrá de terminar al amanecer con una despedida que suena a sentencia. Me acongoja a la vez que me fascina, y siempre arrastraré la pena de no haber asistido a ninguna de las funciones que en España representaron las grandes Mary Carrillo y Concha Velasco.

Su personaje mítico es el de la señora Robinson. Tiene tanta fuerza que incluso eclipsa a otros que merecen un lugar más destacado en la memoria de los espectadores. El recién graduado Dustin Hoffman se atribuló ante aquella amiga de la familia, de cierta edad, que pasó de la insinuación a la seducción rápidamente y en cuyas redes terminó cayendo sin remedio. Los tiempos estaban cambiando y los tabúes comenzaban a desaparecer para los guionistas. En adelante, la madurez no le restó energía y se enredó en cometidos muy dispares: se codeó con el hombre elefante, entró en un convento y recorrió Manhattan en busca de Greta Garbo.

Anne Baxter

NIETA DEL PRESTIGIOSO arquitecto Frank Lloyd Wright, se enamoró a temprana edad del oficio de actuar, en el que estuvo a punto de entrar por la puerta grande de la mano de Alfred Hitchcock. De no ser por su juventud, ella habría sido la segunda esposa de Max de Winter, hombre torturado por el recuerdo de la primera, inolvidable Rebeca. Mis primeros recuerdos de la actriz van asociados al trabajo en el que realmente fue dirigida por el citado director, un suspense que también contó con el protagonismo del atormentado Montgomery Clift, aquí caracterizado de sacerdote temeroso de la que se le venía encima en forma de secreto de confesión. Por aquel entonces ya tenía en su haber alguna de sus obras míticas y un Óscar, el único de su carrera, conseguido como actriz secundaria por la sencilla razón de vivir en el filo de la navaja, cosa que le tocó en suerte a pesar de crecer rodeada de sofisticación y lujo e incluso de convertirse en la madurez en pro-



pietaria de un hotel. Mención especial merece haber formado parte, o casi, de la estirpe de los magníficos Amberson. Lástima que no se respetara el criterio de Orson Welles en el montaje final y que fuera suprimido un metraje que él consideraba esencial. Aun así, me maravillan las imágenes y no puedo imaginar hasta dónde podría haber llegado la creación original.

Fritz Lang, Jean Renoir y Billy Wilder son algunos de los autores imprescindibles del séptimo arte para quienes construyó importantes creaciones. Pero desde luego hay dos personajes que la elevaron a la categoría de mito. Cuando Cecil B. de Mille se decidió a hacer un *remake* de su propia versión muda del libro del *Éxodo* de la Biblia, recibiendo Moisés en el Monte Sinaí los diez mandamientos, se encontró con que el papel más codiciado fue el de la princesa Nefertari, y de inmediato logró ella destacar de entre las otras candidatas. Pero nadie tan memorable como la ambiciosa Eva Harrington, una heroína que continúa a día de hoy situada en la cúspide. Arribista hasta más no poder, le plantó cara a Bette Davis e intentó ocupar su lugar utilizando armas tan infalibles como la candidez y la idolatría. Para el público, para la crítica y para el mundo en general, esta Eva se comportó con tanta transparencia que parecía mostrarse al desnudo. Cuando años más tarde la historia se adaptó al teatro en forma de aplaudido musical, la intérprete volvió a formar parte del elenco y fue para hacer de Margo Channing, sustituyendo a Lauren Bacall.



Audrey Hepburn

ME ENTERÉ DE SU MUERTE en las noticias que presentaba José María Carrascal de madrugada, y debido a ello me fue muy difícil conciliar el sueño. No hacía mucho que había sido entrevistada y yo recordaba sus palabras al milímetro. Transmitía belleza y serenidad. Tras una vida llena de éxitos como actriz que en más de una ocasión llegaron a abrumarla, entregó sus últimos años a labores humanitarias en lugares en los que nadie parecía querer mirar. En el pasado había conocido la fragilidad y el miedo mientras refugiada en Holanda oía disparos y apenas contaba con nada que llevarse a la boca. Pasada la guerra empezó a pensar en su futuro, y en él no tenía cabida convertirse en bailarina. Así pues, comenzó con esporádicas actuaciones que terminaron llevándola a la Costa Azul, punto de partida que no admitiría retornos. El siguiente viaje sería a Roma, de vacaciones, donde Gregory le hizo sentirse como una princesa. No pasó inadvertida para nadie, y con el Óscar en la mano, de inmediato

se convirtió en un icono que aunaba sensibilidad, disciplina, carisma y dulzura. Consiguió también, sin pretenderlo, que la moda femenina diera un giro y que su extrema delgadez se convirtiera en un recurso que gustara de ser imitado. Leal a los suyos, la primera vez que la vistió Hubert de Givenchy ocurrió por error, pues este creyó que se trataba de la otra *Miss Hepburn*. Pero en cuanto se conocieron, se hicieron amigos y después de vestir a Sabrina jamás dejaron de trabajar juntos, hasta el punto de unir sus fuerzas para enseñar al mundo qué hay que ponerse para desayunar con diamantes.

Todos los actores clásicos quisieron trabajar a su lado y ni el público ni la crítica censuraban en absoluto que hubiera entre ellos una diferencia de edad tan llamativa. Cary Grant, Fred Astaire y Gary Cooper construyeron sus historias de amor con la sonrisa en los labios mientras abrazaban su esbelta figura. Aunque estuvo perfecta con los hábitos puestos sin dejar de asumir que África exigía un rodaje duro y comprometido, guion nacido de experiencias reales vividas por quien habría de dejarle una huella imborrable, me quedo con su papel de Joanna, que acompañada de Mark recorre en estudiado desorden paisajes de ensueño con sabor francés y banda sonora de Henry Mancini. Es el amor y el desamor contado mejor que nunca, solo dos en la carretera rodeados de diálogos cómplices y de miradas fatales. Albert Finney se convirtió sin duda en el compañero que más grandes réplicas le dio. Sea bella dama en busca de Pígalión, sea lady Mariam reencontrada con Robin, imposible resulta olvidar su cara con ángel.

Ava Gardner

NO SE PONÍA NINGÚN LÍMITE a sí misma cuando trataba de vivir intensamente. Alguien dijo de ella que fue el animal más bello del mundo, pero en realidad cualquier frase que llevara implícita su sensualidad habría servido para definirla e incluso para verla en medio de un terremoto. Llegó al cine porque un cazatalentos se fijó en su retrato, expuesto en el escaparate de un estudio fotográfico por iniciativa de su cuñado. Y la cámara la quiso tanto que tampoco en las ocasiones en las que llegaba agotada y sin dormir al rodaje desaparecía su aspecto de diosa, de condesa o de maja goyesca. La mitología estuvo muy presente en su carrera al cobrar vida Venus y hacerse mujer, en una recreación de la historia de Pigmalión y Galatea; y por supuesto cuando Pandora, poseedora de todos los dones, la trajo a España a rodar y a dejarse fascinar hasta el punto de decidir quedarse en Madrid residiendo, hecho que se prolongó durante casi dos décadas. No abandonó del



todo la fantasía, pues interpretando a Ginebra le tocó reunirse con los caballeros del rey Arturo, trabajo del que renegó y con el que se despachó a gusto. Y ya en la madurez, el director George Cukor, que le había dedicado a mediados de los cincuenta un cruce de destinos, también la requirió para un hermoso cuento que giraba en torno a un pájaro azul.

Encantada de disfrutar de los días y de exprimir las noches, incluida la de la iguana, se rodeó de grandes amigos con los que las juergas resultaban interminables. Dio vida a personajes de Hemingway en una trama de forajidos y en otra construida en el corazón de África, allí donde las nieves guardan, según la leyenda, el esqueleto de un leopardo que nadie sabe a ciencia cierta qué buscaba por allí. Pero este escritor admiraba tanto a la actriz que ha llegado a contarse que tras padecer ella un cólico nefrítico, él se quedó con una de aquellas piedrecitas expulsadas para convertirla en un colgante que llevó siempre encima. Era tal el magnetismo que son muchas las curiosidades, anécdotas, extravagancias y vivencias que la rodean, en especial junto a Frank Sinatra, su tercer y último marido, con el que vivió y convivió en permanente estado de tormenta. Nominada una vez al Óscar, cuando John Ford la enfrentó a Grace Kelly y de fondo retumbaba una pasión llamada Mogambo, yo siempre recordaré mi malestar al ver en televisión el avance de una película de catástrofes en la que aparecía como secundaria, a mediados de los setenta, y no poder ir al cine por ser menor. Curiosamente, en el título se hallaba Cassandra. De nuevo aparecen los mitos.